

4 cuentos de MARÍA EUGENIA PAZ Y MIÑO

¿Cómo prefieres morir?

El semisilencio nocturno sería el ambiente ideal para hacerlo. Lo había planificado con conciencia de causa y avizorando lo que podría llegar. Se asomó por la ventana para verificar que la negrura se hubiera diseminado por completo. Caminó por la casa en puntillas y entró a cada una de las habitaciones para cerciorarse del sueño profundo de todos. Nadie se movía. Bajó despacio por la escalera de cemento y entró al cuarto. Allí estaba él, agazapado. Lo miró con una mezcla de lástima y tristeza.

–Ha llegado la hora –dijo mientras lo desataba un poco.

La puerta crujió levemente.

–Vamos, vamos.

Abrió la cajuela del vehículo, acomodó la almohada para hacerle un espacio.

El otro dudó por un segundo pero no tenía alternativa. Subió.

El vehículo fue dejando atrás las luces del barrio; se adentró por el campo. El hombre no decía nada. De vez en cuando miraba por el retrovisor. Luego de una media hora de viaje se detuvo. Cerca había una quebrada y el sonido del río abajo no era muy fuerte. Desde hace días no llovía. El olor era penetrante. Era un río contaminado.

–Tengo la sangre helada –se escuchó muy bajito y acto seguido encendió un fósforo y un cigarrillo.

El humo se volvió transparente entre la oscuridad de lo semisilvestre, de

lo casi urbano. La ciudad no quedaba tan lejos de todos modos. Algunas luces eran visibles entre los matorrales. Al otro lado de la quebrada la culebra luminosa de la carretera se perdía hacia el norte.

Luego de bajar introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y palpó el arma. Dio la vuelta y abrió la portezuela.

–Hasta aquí llegamos. ¡Baja! –ordenó.

Caminaron unos cuantos minutos. Andaba buscando el lugar preciso para ejecutarlo; estaba pensando en ello pero paralizó sus ideas para recordarlas en el futuro y cortó el paso en forma abrupta.

–Mejor acabo contigo de una vez por todas.

Lo ató a un tronco quemado y ajustó bien el nudo.

–Adiós –dijo–, tendrás que perdonarme; no tengo otra alternativa. Espero no fallar.

El tiro sonó. Había fallado.

–Supongo que estoy nervioso –comentó.

El otro emitió un gemido espeso.

–Esta vez no fallaré.

Le apuntó directo al cráneo. De nuevo se escuchó el tun seco y un quejido. Le había dado. Tras del doble estremecimiento, el otro expiró.

La sangre brotaba pero él no quiso verla. Salió corriendo. Ni siquiera recordó que había planeado desatarlo y luego arrojarlo al fondo de la quebrada como otro desperdicio más. Jadeaba... Subió al vehículo, lo encendió y aplastó el acelerador. El coche crujió. Mientras retornaba miró por el retrovisor varias ocasiones. Por momentos dudó de haberle alcanzado con precisión. Quizás estaba solamente herido. Quería dejar de pensar en lo mismo y habló en voz alta

como contándole a alguien a su lado:

–Lástima que te agarró esa enfermedad incurable. Eras un buen perro. Ojalá existiera otra vida, seguro que te reencarnarías en humano. Quizás entonces podremos ser buenos amigos.